Prologo

Escribir un libro siempre fue un desafío pendiente para mí. Diversas circunstancias fueron haciendo que se postergara la concreción del mismo. Hoy, casi sin darme cuenta logré llenar las páginas en blanco para realizar un sueño. Un sueño que deseo compartir con los lectores desde lo profundo de mi ser. Un libro que desnuda el centro mismo de mi existencia. Como si para explorarlo hubiera necesitado estar cerca de las nubes, de los álamos, de los pájaros, de la Tierra misma…

A la memoria de mis padres con los que tanto me habría gustado compartir este solar.

A mis hijos: motores de mis logros y de mi propia existencia.

A mis nietos: generadores de amor y energía.

A mis amigas incondicionales.

A Vivi: mi hermana de la vida.

A Rodro: mi referente artístico y compañero de sentidas charlas.

A mi terapeuta: que me enseñó el camino de la superación personal.

A las señales que me indicaron el camino a seguir.

**“Atreverse a soñar es potencialmente animarse a vivir”**

“Ojalá podamos ser capaces de seguir caminando los caminos del viento, a pesar de las caídas y las traiciones y las derrotas porque la vida continúa más allá de nosotros y cuando ella dice adiós, está diciendo: hasta luego” (Eduardo Galeano)

La casa

Enclavada en un terreno que linda con las montañas y las nubes se convirtió en un atajo que me lleva a reencontrarme con pensamientos mágicos pero también en un proyecto que le da sentido a ese tramo que algunos pomposamente titulan “El ocaso de la vida”.

Cuando la visité por primera vez, me llamaron la atención dos cosas: una campana en la galería y un banco de cemento bajo un nogal en el que sentí una paz infinita. Y me dije: ¿son señales? ¿Por qué no tomarlas simplemente?

Al atravesar la puerta me sobrecogió la oscuridad que daba el revestimiento de madera y el montón de cosas inútiles apiladas sin sentido. Pero le vi potencial. Existía la posibilidad de un futuro allí y estaba dispuesta a tomarla. Transformar esa opacidad en un lugar luminoso que fuera el solaz mío, de mis hijos y de mis nietos.

El paisaje circundante, el sonido de los pájaros y las copas de los álamos meciéndose al viento, no necesitaban presentación. Simplemente estaban allí, enmarcando un sueño que podía convertirse en realidad.

Había mucho por hacer: despejar el lugar, pintar paredes, puertas, mesas, bancos, hermosear la fuente, acondicionar el enorme jardín…

Y cada viaje, sorteando curvas y miedos muy antiguos, fue un aprendizaje de vida cuando ya pensaba que nada podría sacarme de la comodidad del resguardo.

Me propuse vencer mis temores y conducir mi auto como si ese fuese el pasaporte a mis momentos más felices.

En mis largos días allí, en los que ni siquiera dormía una siesta corta, transité cada recodo del terreno con la emoción nueva de sentir que por fin algo era mío. Que teniendo ya sesenta y nueve años, desbordaba de un entusiasmo propio de una quinceañera.

Mío y de todos. Sería este el legado patrimonial que heredarían hijos y nietos. El cultural y afectivo era un trabajo cotidiano del que darían cuenta los años y los quizás numerosos recuerdos que me sobrevivirían.

La tarea comenzó una vez despejados los ambientes con la pintura del living y la cocina en colores claros. Un hermoso cuadro pintado por Valeria, a pedido mío, daba cuenta del aspecto inicial de la casa y embelleció las paredes ahora luminosas. Otro, regalado y pintado por René, me recordaba que los animales serían parte de mi nueva vida.

Hugo y René, transportaron algunos muebles desde la ciudad. Entre ellos, un sofá cama que pedía a gritos adornos nuevos. Y con cada mirada se sumaban más tareas. Puse manos a la obra y tres hermosos almohadones con bordado mexicano que logré hacer, fueron embelleciendo esa sala de estar a la que me resisto a llamar living.

Desempolvé una lámpara tejida al crochet que había adquirido en Bahía, en mi primer viaje de divorciada. Lo curioso es que al comprarla pensé que algún día la pondría en una casa de fin de semana. Habían pasado30 años y el sueño había sobrevivido a las penurias económicas y afectivas.

Conectarla fue otra aventura para mí. El enchufe quedaba lejos y había que anexar un cable que iría por la pared hasta el lugar adecuado para que pudiera funcionar. Munido del cable que había comprado y el tomacorriente, mi ayudante, Paco, que no era electricista, miró junto conmigo un video de You Toube para guiarse. Al terminar de verlo le pregunté si había entendido algo (yo, nada); me dijo: todo”. Y se puso manos a la obra. Paco es un lugareño que tiene una inteligencia pragmática notable. Acostumbrado a resolver las cosas con casi nada, nunca me dijo que algo no se podía hacer. ¡Un genio! A menudo digo que después de San Expedito viene él.

Cuando llegó el momento de encenderla, me regocijé con los destellos geométricos que irradiaba hacia las paredes recién pintadas. Para mí era un doble milagro: se había podido hacer esta tarea y mi sueño de tantos años estaba plasmado luminosamente.

A partir de allí todo fue disfrute, una palabra que cobraría mayores dimensiones a medida que transcurrían los días.” Disfrute”, un pensamiento que fue fundacional en la toma de decisión sobre comprar o no esta propiedad.

Y lo relato como lo viví: tenía unos ahorros desde hacía mucho tiempo. Siempre imbuida de la conciencia inculcada por mis padres del “no derroche”. Había que guardar para los tiempos de las “vacas flacas¨.”

Al traspasar la puerta de la casa paterna de Córdoba, en la que vivimos siete años, lo primero que podía leerse claramente, era un cuadrito de José Ingenieros que rezaba: “¡Ahora mismo! Mañana es la mentira piadosa con que se engañan las voluntades moribundas”. El “deber hacer” fue en mi vida un rector implacable que jamás me dio respiro. Así transité todos mis años sin apartarme de mis responsabilidades. Sin importar la edad que tuviera. Noviazgo, matrimonio, maternidad, estudios, el cuidado atento de mis padres en su vejez, todo fue enmarcado con la pátina indeleble de aquel recibimiento hogareño que predicaba desde un rectángulo colgado en la pared principal de nuestra casa. Con alguna transgresión al mandato paterno, motivo de gran perturbación para mí: no terminar mis estudios universitarios. Algo que siempre fue motivo de reproche por parte de mi madre. Tuvieron que pasar más de veinte años para que pudiera decirle que aún sin la Universidad, mantenía un hogar decente-ya divorciada- con mi sencillo título de Maestra Normal Nacional y cuatro hijos estudiantes.

Profesión que me brindó no solo sustento sino también muchas satisfacciones. Ver a mis alumnos asimilar contenidos, ser capaces de transformarse en usuarios críticos y el plus del cariño que nos profesábamos mutuamente, hicieron de mi alma una fiesta ininterrumpida. El trabajo no era una obligación, era una pasión.

Y aquí estaba yo, con mis temores, con mi vejez corpórea de rodillas asociadas al dolor de la incipiente artrosis y una mente que resistía estoicamente el paso del tiempo. Con mis ganas de tomar la vida por sus astas y cabalgar cual amazona intrépida.

Y me dije: “tengo dos opciones que me permitirían transitar una vejez más aliviada: comprar un departamento que me generaría una modesta renta para el futuro o adquirir esta modesta casita en un paisaje soñado, inspirador”. Paisaje que estaba matizado de innumerables sonidos: álamos al viento, trinos de diversos pájaros, como la calandria y el quetupí, los gallos anunciando que quedarse a dormir era un desperdicio y el ladrido de dos ágiles mastines que confieso, me producían al principio algo de miedo. Era como sintonizar Discovery Chanel en 3 D.

Toda esta maravilla tenía sus riesgos: había que atravesar un camino de curvas y contracurvas que me paralizaba, no habría allí ninguna renta, al menos en lo inmediato y sí varios gastos iniciales de acondicionamiento. Si el José del cuadro se hubiera hecho presente, seguramente habría desaconsejado la compra. Pero no. Evidentemente los años de terapia habían hecho de las suyas y me sorprendí diciendo: “Entre el deber hacer de toda mi vida y el disfrute, elijo el disfrute”. Así de simple, de relajada, fue la decisión que tomé. Compraría esta casita de montaña y parafraseando al Preámbulo de nuestra Constitución que a los diez años ya había memorizado, me dije: "para nosotros, para nuestra posteridad…”

Sentía que estaba comprando algo más que paredes, terreno y un techo. Estaba comprando disfrute, felicidad, un proyecto que me iba a trascender. En suma, estaba adquiriendo vida aún después de mi partida de este mundo. Porque nada se compara con la paz que allí se respira, con las montañas silenciosas de gente y bullangueras de aves, con la brisa acompasada de los álamos que extienden sus brazos amorosos al cielo.

Cerré la operación con una mezcla de alegría y de felicidad robada. La propietaria anterior no quería deshacerse de la casa y de todo lo que para ella había representado. Y eso, produjo en mí un escozor, una sensación de arrebato al otro. Esa ”otredad” de la que hablan los filósofos jóvenes. Esa empatía que significa ponerse en el lugar del otro .Lo sufrí…

En esa primer visita, acompañada de mi alma gemela, mi gran amiga Valeria, se acordó la operación de compra-venta .¿Dónde? En el banco de cemento en el que yo había sentido que ese quizás, sería mi lugar en el mundo.

Los trámites posteriores fueron rápidos y nada complicados. Pero salvo Valeria y yo nadie sabía nada de mi peregrinar previo en busca de un departamento. Y mucho menos de la decisión que acababa de tomar, venciendo miedos inimaginables. Me empujaba la adrenalina de varios días y no quería descubrir mis propósitos pensando que si la operación no se concretaba iba a sumar a mi desilusión, la de todo el entorno familiar.

Cuando firmamos los papeles en la escribanía sentí que era el momento de develar el cuasi secreto y envié al grupo de watsap que tengo con mis hijos, las fotos de la casa y un enunciado que decía: “Habemus casa”. Incredulidad, confusión, alegría… Todo explotó en el grupo y yo sentí que había hecho –quizás por primera vez en mi vida- la mejor elección.

Y sí, como dije antes, a partir de allí todo fue disfrute.

Horas sentada en la enorme galería, pintando adornos que iría colgando en mi afán de embellecer ese lugar y de darle a la casa, a través de brillantes colores, una impronta latinoamericana. Herraduras, cuernos, racimos de hojas… Nada escapaba a mis ganas de apropiarme artísticamente de este lugar maravilloso que ya era mágico para mí.

Se pintaron las paredes interiores para darles luminosidad, los juegos de jardín que otrora eran blancos se convirtieron en grandes manchas rojas cual crestas de gallos, la puerta de entrada, la fuente, las mesas, los bancos, las macetas, la pared exterior… Ávida de consejos y sapiencias ajenas, elegí los colores de pintura de la mano de quien se erigió en referente ambientalista para mí: René.

Los viernes se convirtieron en una mezcla de trajín alegre y nervioso: cargar miles de cosas para llevar y persignarme con fe (algo que estaba lejano en mis recuerdos). La intención: subir el cerro sin contratiempos. Me propuse vencer el miedo que me producía ese camino que se iba enrollando en sí mismo y que cuando yo creía que ya no podía apretar más fuerte mis mandíbulas, se desenrollaba como por arte de magia y me mostraba un valle sin recovecos peligrosos.

Cada viernes, subir, cada lunes bajar. Una ida y vuelta de mis miedos. Aquí me hacían el aguante dos de mis hijos, los más cercanos geográficamente a mi casa de la ciudad para darle de comer al perrito y proveer de cloro a la pileta. Otro tema a resolver a la brevedad para no seguir causando molestias. Pero eso es harina de otro costal…

“Ojalá podamos ser desobedientes, cada vez que recibimos órdenes que humillan nuestra conciencia o violan nuestro sentido común.” (Eduardo Galeano)

Ema

Diminuta, observadora, con esa sabiduría que solo el campo da sobre la vida, las plantas los animales y las cosas cotidianas.

El día que nos conocimos me dio dos besos, uno en cada mejilla. Si nos hubieran estado observando parecía una escena de la campiña francesa.

La invité a sentarse en la galería enorme de la que me enamoré a primera vista. Me impactó su mirada que todo lo registraba atentamente y empaticé con esta mujer a la que mis ojos que todo lo ven cuando se trata de personas y no de cosas, escudriñaron para descubrir penas muy profundas. No se podía decir que era una mujer sombría. Sí alguien ensombrecido por las miserias de su matrimonio. A pesar de la rusticidad, su aspecto impecable y sus modales denotaban una gran compostura.

Supe, un tiempo después que se había refugiado en un templo evangelista. Quizás queriendo alcanzar la utopía que ellos suelen ofrecer para todo tipo de males: el desamor, la drogadependencia, la violencia doméstica, la infidelidad…

En fin, todo aquello que a los que están desesperanzados por la vida que tienen los lleva a golpear otras puertas en su afán de sobrevivir a los diluvios afectivos.

No le pregunté nada que pudiera incomodarla. Ya habría tiempo para que me contara sus cuitas. Yo acababa de llegar y sentía que mi condición de nueva dueña de la casa me exponía a todas sus desconfianzas.

Nuestra primera tarde se matizó con un café-el mate llevaría su tiempo- y una charla trivial sobre las cosas que yo comenzaba a encargarle en calidad de ayuda: la limpieza de la casa, los días en que vendría, los vidrios… En fin, las cosas domésticas con las que yo me llevaba tan mal y que ella manejaba tan bien.

Ese día, luego de conversar, Ema se abocó a la limpieza. Iba y venía afanosamente lavando pisos, barriendo, ordenando cosas. Tenía un andar silencioso que no interrumpía la paz del lugar.

Al terminar su tarea le pagué y cuando nos saludamos le di las gracias por todo lo que ya intuía, viviríamos juntas de ahora en más.

A la semana siguiente la rutina se repitió con pocas variantes pero el saludo inicial estuvo matizado con un abrazo. Nos habíamos acercado. Éramos dos mujeres solas, solidarizándonos mutuamente con nuestras historias que aún no se habían revelado…

Ese día, al terminar la invité a sentarse nuevamente en la galería que había dejado de ser solo un espacio grande para convertirse en la ventana a través de la cual mis ojos absorbían otros encantos: las montañas verdes, la calle que pasa frente a la casa, los álamos enhiestos y un eucalipto herido al que alguna tormenta le había truncado su cima.

Tomamos una gaseosa y repentinamente, sin preámbulo alguno me contó su historia. Estaba casada con un hombre que la había herido profundamente. Primero con sus frecuentes infidelidades. Luego con su incomprensible mutismo. Hacía casi un año, desde la última discusión, que su hombre no le dirigía la palabra aunque convivían en la misma casa. Sin embargo, ella continuaba cocinando para él y hasta lavándole la ropa.

Era el relato de una mujer que se rebelaba ante su destino. Que quería escaparse pero no sabía cómo. En sus palabras había una mezcla de amor y odio, de rebeldía y sumisión, de resentimiento y resignación por la indiferencia hostil a la que era sometida.

Traté de consolarla, de decirle que siempre hay una puerta que se puede abrir, un puente que se puede cruzar. Pero sentí que su ira no le permitía situarse un paso más allá de ese lugar en el que la habían colocado o en el que se había dejado entronar.

Quedamos de acuerdo en juntarnos a tomar mate. Ahora sí, el mate ameritaba…

Ayer aceptó mi invitación pero no llegó con las manos vacías. Había amasado una tortilla hecha al rescoldo y la trajo prolijamente envuelta en servilletas de papel. Sentí cuando me la dio que yo sí había podido atravesar una puerta, la suya. Y que con ese gesto tan cálido me había habilitado como su nueva (o única) amiga.

Mateamos más de dos horas o tres termos (según se mide el tiempo del mate) y cuando probé su tortilla decidí dejar de lado la dieta ciudadana para disfrutar de su regalo. Creo que me comí casi la mitad sin respirar, cosa que hago cuando algo me gusta mucho. Y entonces, al mirarla vi cómo sus ojos se iluminaban y aparecía una hermosa sonrisa. Sin dudas, esta sufrida lugareña ya me había aceptado como una de las suyas.

Estaba segura que este era el inicio de muchas confidencias compartidas en este mágico lugar.

"**Mucha gente pequeña en lugares pequeños**, haciendo cosas **pequeñas** pueden cambiar el mundo" (Eduardo **Galeano**).

Paco

Mucho se podría decir sobre este hombrecito callado que fue agrandándose por mérito propio.

Poseedor de una notable inteligencia práctica que muchos citadinos envidiarían, se constituyó desde el primer día en un auxilio sostenido para los innumerables escollos a los que la vida campestre me iría sometiendo. Y por lo menos en lo referente a los problemas que la casa me iría planteando, todo lo sabía, todo lo iría resolviendo…

Lo conocí el día en que vino a traerme la llave de la casa porque los dueños anteriores se la daban “por cualquier emergencia”. No lo dudé ni un instante. Le dije que podía conservarla puesto que yo confiaba en él tal como habían hecho sus empleadores anteriores. Fue cuando noté en su mirada un gesto de agradecimiento y entonces supe que mi primer paso en dirección a la amistad que se nos daría, había sido el correcto.

Decir que Paco en ocasiones cobró dimensión de “El salvador” no es ninguna exageración. Cada cosa que se complicaba en el funcionamiento de la casa se transformaba en lo que sería una frase de cabecera: “Paco, lo necesito”.

Así fue cuando me quedé sin agua, cuando la pileta amaneció verde, cuando hubo que pintar las paredes de la casa, los juegos infantiles del jardín, limpiar la pretenciosa playita privada que daba al río, cortar el césped, sacar el tronco del río para que el agua pudiera fluir mejor, acondicionar el portón del fondo para que cerrara bien, arreglar la pérdida de agua del baño y del lavadero, conectar los cables al calefón eléctrico, poner una pileta en el asador, desprenderse de la cantidad de desechos que afeaban el jardín… En fin, todo lo que una mujer sola aunque presumiera de omnipotente, no podría haber hecho sin su invalorable ayuda.

Pero el día que a Paco le quedó chica la capa de Superman fue durante la primera tormenta de agua que yo pasaba allí. Estábamos en la galería conversando. Yo le estaba dando las indicaciones de lo que quería que hiciera en la siguiente semana. Y él, a punto de retirarse para ir a almorzar, seguía mis palabras con un ocasional “ajá” o me respondía “se tendrá que poder” cuando yo al plantearle un trabajo a realizar le preguntaba: ¿lo podrá hacer Paco?

Los perros se habían acomodado en un rincón de la galería con las orejas gachas, pegados a una de las paredes. No lo supe hasta desarrollar lo que en el campo es una fortaleza: la observación atenta de la realidad, que ese lugar elegido por ellos era el más seguro.

Los cerros comenzaron a taparse y el sol que hasta hacía instantes perforaba con dorados destellos mi piel, se ausentó sin previo aviso. Parece que va a “descomponer”, me dije sin mayor preocupación.

Fue entonces cuando repentinamente se desató la tormenta. El agua comenzó con un estruendo de gotas en las chapas del techo para transformarse en un diluvio que rápidamente desbordó las canaletas y comenzó a esparcirse por la galería. Todo en cuestión de segundos y ante mi desesperación que ya veía la casa inundada y todo el esfuerzo de tantos días perdido.

Atiné a buscar un secador de piso mientras Paco, trepado primero en una silla intentaba liberar de hojas las canaletas y luego, munido de un palo largo que apareció como por arte de magia, sacaba los restos de barro que taponaban el desagüe.

Después de denodados esfuerzos, el agua comenzó a correr por los canales que debía y la galería dejó de estar inundada.

Ese día aprendí varias cosas: que los perros siempre están un paso delante de uno, que limpiar regularmente las canaletas iba a ser prioritario pero por sobre todas las cosas, que el “se tendrá que poder” de Paco, estaba ligado a su historia de vida. Es un hombre acostumbrado a resolver grandes problemas con muy pocos recursos. Definitivamente, siempre, él sabría exactamente qué hacer en cada emergencia.

No sería ésta la única tormenta que yo pasaría allí. Pero en las siguientes ya sabía qué hacer. Iba ganando en experiencia gracias a sus innumerables enseñanzas.

“Espero que algún dí­a puedan entender que no es “sólo un perro”, sino aquello que me da humanidad y evita que yo sea “sólo un humano” (Richard A. Biby)

Los perros

Vinieron con la casa. Dos mastines de gran porte, aunque algo escuálidos. Esbeltos, ágiles, guardianes de la vivienda y sus alrededores.

Al paso de algún jinete trepaban la loma en dos segundos. Quise filmarlos en su ascenso vertiginoso pero nunca pude. Hasta que lograba preparar el celular ellos ya habían subido y bajado.

Dos machos que se las traían. Intrépidos y territoriales.

Mi primera reacción al comprar la casa fue decirle al dueño anterior que no los quería. Entre otras cosas porque desconfiaba de su comportamiento futuro cuando mis nietos visitaran la propiedad.

Pero luego de algunas negociaciones finalmente se quedaron. Y hoy, luego de pasar allí varias horas en soledad, no me imagino sin su callada compañía.

Me propuse engordarlos a fuerza de alimento balanceado y polenta más los huesos de puchero que les llevo cada vez que voy. Es su golosina preferida. Ya tenemos un ritual: yo bajo del auto y les arrojo los huesos. Aprovechando ese momento puedo abrir el portón sin que se abalancen sobre mí.

Al comienzo, darles de comer me daba un poco de miedo. Estaban tan hambreados que parecía que iban a derribarme al ponerles la comida.

Pasaron de comer “de vez en cuando” a engullir tres veces al día: desayuno, almuerzo y cena. Sin olvidar los huesos con los que se entretenían.

Ayer, por primera vez, al ponerles el alimento se tomaron su tiempo para arrimarse a los platos.

Cuando le pregunté al dueño anterior cómo se llamaban me contestó-para mi enorme sorpresa- “perro 1 y perro 2”. ¡No lo podía creer! Y cuando lo interrogué acerca de cuál era cada uno me respondió: “ah, no lo sé”.

Evidentemente no había podido empatizar con ellos ni siquiera para darles un nombre, una identidad.

Me dediqué a observarlos. Eran casi idénticos. Pero descubrí que uno de ellos tiene sobre los ojos a modo de cejas, dos manchas más pronunciadas de color marrón claro. Este, al que bauticé “el Rasquincho” por su comportamiento, muestra los dientes de arriba a cada rato. Al comienzo esto me aterrorizaba pero poco a poco le fui perdiendo el miedo. Y munida de una vara negra de plástico que encontré en la galería lo amenazo haciéndome la corajuda. Esa vara que yo llamo (copiando a Mafalda), “el palito de abollar ideas” jamás fue ni será utilizada contra ellos. Pero me da la tranquilidad que al verla, el “Rasquincho” se va hacia el pasto y allí se acuesta, tranquilo.

Donde voy, me siguen: alrededor de la casa, en la pileta, en el río, cuando salgo a caminar… Se han convertido en mis escoltas personales. Me reconocen como su dueña. ¿Hembra Alfa? Quizás…

Este solar se ha convertido en el territorio de las mujeres sin necesidad de banderas ni señales. Fuimos ocupando lugares, espacios, territorialidades. La dinámica del lugar que he ido creando así lo acredita.

Cuando me siento en la galería a pintar se acomodan uno a cada lado de mi silla. Más de una vez en que me quedé hasta altas horas de la noche haciendo algún trabajo, ni siquiera he cerrado la puerta de entrada con la tranquilidad de que a nadie se le ocurriría traspasar los límites de la propiedad con semejantes guardianes.

Cuando va llegando la hora de su almuerzo, levantan con su hocico la cortina mosquitera que da a la cocina y me miran. No necesitan hablar. Sus gestos y miradas lo dicen todo.

“No existe un puente para cruzar el cielo

pero aunque consiguieras llegar a la otra orilla

a fuerza de memoria y pronósticos

y comprobaras que no es tan difícil

siempre te faltaría el pino del crepúsculo.

Eso porque se trata de un cielo que no es tuyo

aunque sea impetuoso y desgarrado

en cambio cuando llegues al que te pertenece

no lo querrás lavar ni tocar ni cruzar

pero estarán el pájaro y la nube y el pino”.(Mario Benedetti)

La contención afectiva

Les comuniqué la novedad de la compra a mis amigas. ¡Fue un jolgorio! Tenemos pendiente con algunas de ellas pasar unos días juntas allá, cerca del cielo…

Me limita un poco el baño que es pequeño e incómodo. De hecho, tengo en proyecto hacer otro y eso tal vez me habilite para poderla alquilar por períodos cortos para ayudarme con los gastos.

Con dos de ellas ya hemos compartido algunos días: María, a la que le encanta el contacto con la naturaleza y Valeria quien me regaló dos cuadros más que pintó: una Katrina deslumbrante de color y una Frida que me mira desde la pared de mi cuarto apenas despierto en las mañanas.

El apoyo que me han dado las amigas es invalorable.

No puedo evitar mirar hacia atrás y pensar ¡cuánto le hubiera gustado este lugar a mi padre! Tengo en la casita una lata antigua de galletas de mi madre que me trajo Hugo y una mesa de luz de mi padre, además de una banqueta que él mismo construyó. De él aprendí que las ventanas deben llevar tela mosquitera. Y ya me puse manos a la obra. Hice también una cortina del mismo material para la puerta de entrada, terminada a crochet, para que no se deshilache. Todo muy artesanal y tal vez no tan prolijo como las hubiera podido hacer él pero funcionales y prácticas.

Mis padres están de algún modo en la casa, bendiciendo con su presencia los días felices. Porque no importa cuánto tiempo haga que hayan partido, aquí o desde el cielo, ellos siempre presidirán los amorosos encuentros.

“Ojalá podamos tener el coraje de estar solos y la valentía de arriesgarnos a estar juntos, porque de nada sirve un diente fuera de la boca, ni un dedo fuera de la mano”. (Eduardo Galeano)

Los encuentros

Trato de recordar el orden en que se produjeron, único modo de nombrarlos sin categorizarlos. Todos han sido extraordinarios para mí. Porque cada uno de ellos tuvo la importancia del regocijo que como anfitriona me produjeron.

El primer fin de semana en esta suerte de oasis fue con mi amiga Valeria. Estábamos tan ansiosas por pintar y hacer artesanías decorativas que comíamos a cualquier hora Aún así, inauguramos el asador y fue una fiesta. Sí, las mujeres también sabíamos hacer asado…

Por un lado, el tiempo tenía un ritmo vertiginoso y por el otro, al final del día, sentíamos que en veinticuatro horas habíamos hecho infinidad de cosas como si hubiera estado detenido para darnos más horas. El televisor había descendido a la categoría de innecesario. Por primera vez en mucho tiempo parecía que el paisaje, el sonido de los álamos acariciados por el viento y el canto de los pájaros que todo lo inundaba, lo habían confinado a un lugar solitario en uno de los cuartos.

Un día, sin tener quien me acompañara y luego de haberme hecho la señal de la cruz varias veces, me dispuse a partir sola en busca de esta nueva paz que me había sido revelada por la naturaleza.

Y estando allí, llegó uno de mis hijos con su pareja. En cuestión de minutos dieron vuelta todo, descargaron muebles y ambientaron la casa en lo que sería el inicio del camino hacia la transformación luminosa del lugar.

Compartimos un almuerzo, mate, galletas y la buena onda que usualmente caracteriza a la gente linda.

Otro día vino mi hija con sus tres hijos y su esposo. Fue la primera vez que mis nietos corretearon por el jardín y se aventuraron por el sendero que conduce al río para descubrir que tirar piedras era un regocijo. Genaro, el más pequeño me dijo casi al oído: “yo quiero vivir aquí”. Mi alma y mi corazón explotaron de alegría. Tal como lo había soñado comenzaban a apropiarse del lugar en el que su abuela había puesto y pondría, tanto de sí.

Compartimos un almuerzo debajo del nogal que nos recordó que ése era el mejor lugar. Ese en el que la energía fluye y uno puede dejar mimarse por la vida. Allí fue que mi yerno me dijo que era el mejor sitio de la casa. Y lo era. Fue en ese espacio como conté al principio que negociamos con el dueño anterior la compra. Fue ese el lugar elegido por mí para sentarme aquel primer día porque sentía que tenía una especial energía.

El segundo asado vino de la mano de mi hijo mayor quien llegó acompañado de su esposa y sus dos hijos: Federico y Rosita.

El menú se compuso de solomillo de cerdo, ante la mirada atenta de los dos perros que morían por un pedacito de la fragante carne.

Disfrutamos del almuerzo en el rincón mágico del jardín que me había inspirado por primera vez.

Luego fuimos al río. La aventura de tirar piedras… Rosita, la más audaz, arrastraba a su madre para acercarse más y mojar sus piecitos, cosa que por supuesto consiguió.

El gran llanto vino después del gozo. La temperatura estaba bajando y había que hacerlos volver para prevenir un seguro resfrío.

Se volvieron al promediar la tarde. Cansado y contento Federico. Indignada, Rosita. No quería abandonar el río.

Y siempre de la mano del mate, de ahora en más, perfumado con yerba buena, llegaron los padres de René.

Otro día y con varios termos de por medio, compartí la mesa de la tarde con un matrimonio amigo de René y Hugo.

Juanita, una de mis queridas amigas, me había escrito diciéndome que quería conocer la casa. Llegó como a las cuatro de la tarde con sus dos hijos pequeños. Lugar obligado del “jolgorio”, el río. Pasamos una tarde espectacular. Pero yo siempre voy a querer más. Mi corazón, tan “curado de espanto” sana con cada visita, con cada mate, almuerzo, hora compartida. Esto de revivir la alegría de ser anfitriona lo aprendí desde pequeña en la casa de mis viejos. Era una casa que todos querían visitar por la calidez del recibimiento. Son esas cosas que se viven de niño y que quedan registradas en algún lugar para luego fluir naturalmente…

El tercer asado vino de la mano de mi ahijada y su esposo. Regado con un malbec de primera y matizado con los juegos de sus dos pequeños hijos que no dudaron en investigar el terreno, los juegos infantiles y claro! el mágico río.

En varias ocasiones compartí momentos muy felices con mi otra amiga, María. Le gustaba dormir en la cama que estaba junto a la ventana. Se quedaba largas horas por la noche contemplando la naturaleza. Siempre me decía que esta era la casita del “reposo”.

Nos encantaba pasar largas horas en la galería contemplando la naturaleza. Yo sabía que esos momentos le hacían mucho bien a su espíritu. Y nos ingeniábamos para encontrar los momentos propicios para brindar con un “Campari”. Era un brindis por la vida, por la salud mental, por el olvido de alguna pena que pudiéramos tener.

Hacíamos un buen equipo. A mí me gustaba cocinar y a ella limpiar. Mi cocina nunca estuvo tan limpia como en aquellos días que María se la ponía “al hombro”.

Después llegaron las fiestas. Y esa fecha que no pocas veces uno asocia con el trabajo, los gastos, el cansancio, esta vez se convirtió en la alegría de una “Navidad diferente”.

René me pasó a buscar y llegamos temprano para ambientar la galería. El toque final fueron las hortensias desbordando de un improvisado florero, sobre el mantel rojo.

Risas, charlas, comida, postres, burako…Todo estaba allí, en esa mesa larga que se regocijaba con la presencia del alboroto irrumpiendo en medio de la paz de la naturaleza.

Una sola nube nubló mis ojos a la hora del brindis: Rubén, mi hijo menor, estaba en el exterior.

Otro día, en el que también estaba sola, llegaron Valeria y su prima Susana.

Compartimos dos días y una noche en medio de charlas, mate, té de manzanilla, almuerzo y cena. Las milanesas que habían traído para contribuir con el menú, nunca se doraron como debían por lo que el horno eléctrico partiría por segunda vez para su arreglo.

Todo iba bien hasta que a Valeria la picaron al menos tres “guanqueros”. En medio de su nerviosismo, el antialérgico oral y el Decadrón que ya Susana preparaba por si acaso, transcurrió esa jornada. Nos volvíamos al día siguiente, lunes. Si algo malo podía pasarnos ya había sucedido ese domingo. Pero no… Cuando creíamos superado el momento nos sorprendió otro hecho no menor: el baño se “trancó”. Literalmente.

Día domingo, en medio de los cerros y sin saber qué hacer lo llamé a Paco, mi mano derecha, (empiezo a pensar que también es la izquierda). Pero Paco no contestaba su teléfono. En medio del desconcierto y la desesperación vino a mi cabeza la célebre frase que precedía a la aparición del Chapulín Colorado…

Llamé a Ema quien en menos de media hora ya había comprometido a su sobrino Juan, plomero, quien para mi desesperación estaba en la cancha…

Al rato vino y entre él y Paco que recién había visto mi llamada y llegó corriendo, dictaminaron para mi creciente locura, que podría ser que el pozo se hubiera llenado, Por pedido mío convinimos en que Juan sacaría el inodoro para saber a ciencia cierta a qué atenernos. Pero no pudo hacerlo esa noche porque en su momento, al colocarlo, habían optado no sé por qué designio del destino que quedara amurado al piso. Convinimos el trabajo para el lunes a primera hora y esa noche fue una pesadilla que rememoro con escalofríos pero que no describiré por respeto al “buen nombre, decoro y honor”.

A las ocho del día siguiente Juan, munido de su caja de herramientas y una amoladora que le pedí trajera para no romper de más, bajó por el caminito rumbo a mi casa. Fue tanta mi alegría al verlo que me encomendé a él, ya transformado en San Juan, por el solo hecho de venir temprano como lo había prometido.

Sentadas en la galería, Valeria y yo solo atinábamos a fumar y encomendarnos a San Expedito quien tenía su propia gruta en el jardín.

Al sacar el inodoro, Juan descubrió el problema: la obstrucción del que llamaré “artefacto” de ahora en más por delicadeza, fue provocada por papel y un elemento con forma de lapicera que nunca descubrimos qué era. Pero el fantasma del pozo lleno desapareció de inmediato y con él mis pensamientos relacionados con el costo que tendría cavar otro .Como por “arte de Juan”, el pájaro carpintero que asolaba mi cabeza, desapareció.

Luego de resuelto el problema y de colocar el “artefacto” pudimos regresar a casa sin mayores dificultades.

Como pienso que todo es un aprendizaje en la vida, sentí que entre domingo y lunes, había obtenido casi una maestría en tan solo veinticuatro horas…

Al cabo de unos días me habló María Luz, otra de mis amigas muy queridas. Me pedía indicaciones para llegar hasta la casa. Como no quiso perturbar su paseo entre cerros y nubes decidió venir en ómnibus. Su “Mercedes con chofer” como dice jocosamente ella.

Cuando desde la galería vi pararse un ómnibus, supe que era ella y corrí hacia la ruta para recibirla.

Llegó con una mochila grande llena de regalos para la casa, un rico vino y una sonrisa en su rostro. Sentí en el abrazo que nos dimos que la vida me había premiado con su amistad.

Ese día también vinieron Hugo y René. Traían bolsas con diferentes alimentos para cocinar lo que sería “la comida gourmet” del día como la bautizara María Luz.

Un solomillo de cerdo asado, adobado con múltiples especias, papas al asador y un wok de frutas caramelizadas con miel y salteadas con aceite de oliva y aceto que hicieron las delicias de la mesa.

El chef, Hugo. Los comensales: Valeria, María Luz, René y yo.

Esa tarde, Hugo pintó piedras por primera vez y René intervino la pared que rodea la pileta con un color que la convirtió en un “cenote mexicano”.

Fue un día increíble. Al atardecer acompañé a mi amiga hasta la ruta para tomara el ómnibus que la llevaría de regreso a su casa. A nuestro lado, los perros custodiaban la espera…

**No te rindas**

*No te rindas, aun estas a tiempo*  
*de alcanzar y comenzar de nuevo,*  
*aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,*  
*liberar el lastre, retomar el vuelo.(Mario Benedetti)*

Las hermanas

Hubo un mensaje de voz previo al encuentro: “Pasaron cosas graves, necesitamos de tu escucha”…

Llegaron un sábado por la tarde. Y el abrazo fue largo, cálido, imperioso.

No voy a relatar nuestras conversaciones porque estaría violando la confidencialidad de las mismas. Baste decir que sentadas frente a ellas sentí que asistía a las heridas casi mortales de dos corazones que otrora tuvieron esperanza, felicidad y mucho amor. Pero también vi en el brillo de sus ojos, más húmedos de sal que de lágrimas, la impronta de dos leonas dispuestas a ponerle, una vez más, el pecho a la vida.

Matizamos el dolor con algunas risas provenientes de nuestro humor negro, más un blanco cosecha tardía, un malbec y una burbujeante sidra que nos recordaba alguna navidad familiar, cuando todo parecía estar bien…

Su despedida fue tan emotiva como la llegada. Los abrazos de nosotras, las mujeres, son solidarios, apretados, significativos. Sentí con su partida que la casita y su entorno habían contribuido a paliar en parte tanta desazón.

Me quedé con la imagen de las dos leonas haciendo frente a todo para salvar a sus cachorros de la infelicidad.

Mientras se alejaban, una fina llovizna cayó sobre el césped como para recordarme que el agua fue, es y será, sanadora. De penas, desilusiones, amores y desamores. Y a pesar de los diluvios, también de ellos.

Los labios y las manos del viento  
el corazón del agua  
un eucalipto  
el **campamento** de las nubes  
la vida que nace cada día  
la muerte que nace cada vida  
froto mis párpados:  
el cielo anda en la tierra (Octavio Paz)

El campamento

Llegaron un sábado a la tarde. Dos nietos-los hijos de mi hija Mara- y dos amigos de ellos: un varón y una niña. En esta ocasión Corina, la segunda hija de Mara, no pudo venir porque estaba con fiebre,

Bajaron la carpa con entusiasmo y comenzó la búsqueda del lugar más apropiado para montarla. Luego de dos intentos fallidos decidieron que el mejor sitio era junto a la cerca que linda con la casa vecina de dos plantas.

El ir y venir con colchas, sábanas, almohadas, le imprimió a la tarde un ritmo estudiantil. Estaban ávidos de aventuras.

Inflar el colchón de dos plazas que trajeron, requirió del esfuerzo denodado de la madre y de una amiga mía que colaboró. Finalmente, todo estaba dispuesto. La incógnita número uno era si la lluvia no arruinaría la fiesta. La segunda era saber si Genaro, el más chico, se acomodaría a la situación de pasar la noche afuera y alejado de su mamá.

El otro desafío era partir hacia la orilla del río para hacer la fogata en la que asarían, prendidas de un palito, las salchichas con las que armarían los panchitos.

Varias gotas cayeron para preocupación de grandes y chicos. Pero nos encaminamos decididos a no dejar que nada arruinara el momento.

Los chicos llevaban linternas, nosotras colaborábamos transportando el pan y las salchichas. En un descuido nuestro y cuando ya estábamos reunidos alrededor de la incipiente fogata, uno de los perros, en una ágil maniobra se alzó con parte de la comida.

Yo había llevado un frasco de alcohol suponiendo que la leña estaría húmeda. Y en cuestión de minutos tuvimos una gran fogata.

Corazones alborotados, risas, algunos empujones… Finalmente tenían un fogón donde podrían cocinar.

Hicimos un prolijo registro del momento, ayudados por los celulares con los que sacamos innumerables fotos.

Pero yo sabía que la verdadera foto de ese evento, quedaría impresa en el corazón y en la memoria de todos los niños.

La oscuridad, el ruido del río cercano serpenteando entre piedras y los infaltables cuentos de miedo contados por el tío Hugo, completaban la mágica escena.

Más tarde se fueron a dormir. Y el cielo y el más pequeño, se lucieron. No llovió ni hubo llanto alguno.

**LA ROCA**

La indiferencia de la roca  
me conmueve  
y me aplaza  
cómo irme desgranando  
hora a hora  
pestaña tras pestaña  
pellejo tras pellejo  
ante ese paradigma  
de tesón  
y pureza  
no obstante apuesto a que  
la indiferencia de la roca

quiere comunicarnos  
una alarma infinita (Mario Benedetti)

Las piedras

Comenzó como un juego. El lugar está lleno de piedras y en el río hay de todas las formas y tamaños.

Recolecté cinco el primer día y se me ocurrió pintarlas. Quedé tan entusiasmada que ya no pude parar. Hoy, ya tengo más de cincuenta decoradas. Fue ese mi regalo de Navidad para cada familia. Y gustaron mucho.

Ninguna es igual a la otra. A medida que las voy pintando, mi cabeza inventa formas, combina colores y el resultado es asombroso: animalitos fantásticos, formas geométricas, mariposas, gallos, pájaros…

Como dice Hugo, se abrió una puerta. Y yo siento que esa apertura habilita momentos de gran felicidad para mi renovado espíritu.

Luego vendría la idea de comercializarlas, proyecto que está en vías de desarrollarse. Mil ideas que me llevaron a barnizarlas para lograr que sean resistentes al agua. Poder ponerlas en el jardín era una de las opciones.

Ya está en marcha el traslado de bolsitas de papel para envolverlas, ponerles un moño de regalo y hacerles una inscripción que rece “recuerdo de…”. Cosas que supongo pedirían los potenciales compradores. Mi firma también aparece allí, al pie de la inscripción. “Estoy creando una marca”, me digo. Y mi cabeza no para.

Atreverse a soñar… Parece ser el inicio de un camino sorprendente hacia la propia superación y el alcance de nuevas metas.

“¿Y si no se venden?”-me pregunto. Pero eso no me preocupa. ¿Quién podría quitarme las horas ininterrumpidas de disfrute al pintarlas, buscar el color apropiado, el recorrido de los pinceles por los caminos de mis anhelos?

Si hasta he pensado que podría comenzar a soñar en colores…

“Si te caes te levanto

Y sino me acuesto contigo”. (Cortázar)

Las migrañas

Agazapadas en quién sabe cuál recóndito lugar del cerebro, aparecen de repente, sin permiso. Son atrevidas, insistentes, agotadoras, con un poderío tal que pueden llegar a inhabilitarme por horas hasta que se les ocurre abandonarme.

Siempre digo que no les daré prensa y de ese modo pretendo que se opaquen y se replieguen por “falta de mérito”.

Hoy haré una excepción y les dedicaré unas líneas.

Las tengo desde que tengo memoria, menos intensas, más intensas, insoportablemente intensas…

Comienzan con un ligero dolor en la parte izquierda superior de la cabeza para extenderse y taladrar mi cerebro sin piedad. ¿Causas? Numerosas y ninguna. El chocolate, el cigarrillo, una comida asada, algo de pescado, un vaso de alcohol, pocas horas de sueño, la computadora…Puede deducirse de semejante enumeración que hablar de causas es casi intrascendente. Diría, para abreviar, que aparecen porque existo…

Una de las magias que la casita de la montaña pareció aportar, fue la disminución e intensidad de las malditas migrañas. Me visitaban menos y duraban también escaso tiempo. Pero este milagro solamente se hacía presente cuando yo estaba arriba; cerca del cielo, de las nubes, ¿de Dios?…

Mi madre solía decirme que me dolía la cabeza porque pensaba demasiado. Nótese que no decía mucho, lo cual hasta habría sido halagador. Demasiado me sonaba entonces y aún hoy, varios años después, a reproche…

Transité toda mi vida laboral, estudiantil, profesional, maternal, llevándolas como compañeras de ruta incondicionales. Habían llegado para quedarse.

Cierta vez en que me había decidido a tomar el toro por las astas, me sometí a toda clase de estudios. Comencé por un clínico que me pidió ir al otorrino para descartar una sinusitis. De allí al gastroenterólogo para ver si era de origen hepático. Luego al neurólogo quien pidió tomografía computarizada más la prueba del sarcófago: la resonancia. Cuando me hice esta última, sentí que había viajado a Äfrica y que cien hombres tocaban el tambor dentro y fuera de mi cabeza. No se mueva me dijo el médico, porque si lo hace hay que volver a empezar. Y ahí estaba yo, sola, semienterrada, con la sensación de asistir a mi propio velorio pero quieta, como me habían dicho.

Cuando por fin estuvieron todos los resultados, un profesional de la salud me dijo “no tiene nada, ya se ve que Ud es jaquecosa nomás”. Pensé en ese momento que entre esa definición profesional y la que había hecho mi madre antes, no mediaba gran distancia.

Así que hoy me encuentro sobrellevando este mal con la certidumbre de que nada podrá separarlo de mí.

¿O tal vez lo haga con el tiempo, la mágica casita?

*Enseñarás a volar,*  
*pero no volarán tu vuelo.*  
*Enseñarás a soñar,*  
*pero no soñarán tu sueño.*  
*Enseñarás a vivir,*  
*pero no vivirán tu vida.*  
*Sin embargo…*  
*en cada vuelo,*  
*en cada vida,*  
*en cada sueño,*  
*perdurará siempre la huella*  
*del camino enseñado. (Madre Teresa de Calcuta)*

La llegada del “peque”

Transcurrían los primeros días de febrero cuando se desató el alboroto. Mi hijo menor avisó que vendría de visita al país.

A partir de allí cada cosa que compraba, hacía o programaba, estaba en función del esperado encuentro.

Llegó el 10 de febrero. Los abrazos, los besos, los regalos, dieron cuenta de la enorme expectativa que su venida había generado.

Su agenda estaba bastante complicada y de hecho, tuvimos dos intentos frustrados por la lluvia, de subir a la casita para que la conociera.

Pero finalmente un día, el anhelo se concretó. Era el único de mis hijos que no la había visitado y yo quería saber qué impresión le produciría ese paisaje mágico que tanto me enorgullecía.

Le encantó. Y con cada opinión favorable que me daba yo sentía que aunque él estuviera lejos, también formaba parte de este sueño compartido entre madre, hijos y nietos.

Al día siguiente nos juntamos todos, en una larga mesa y fue como una nueva Navidad. Pero esta vez, no faltaba nadie.

Unos días después invité a su pareja a almorzar en la casita. Hice unas pastas con salsa, su comida preferida y compartimos un muy agradable momento, al que endulzamos con abundante helado de postre, mi gran debilidad.

Siempre digo que a pesar de no haber tenido una vida fácil, tengo mucho que agradecer al universo. Cuando me divorcié, allá lejos y hace tiempo, empecé una larga carrera que tuvo como punto de partida y de llegada a mis cuatro hijos. Lograr que estudien, que se forjen un camino independiente y que a pesar de todos los desafíos y viscisitudes se mantengan unidos como hermanos, fue y será el gran logro conseguido. Las circunstancias de mi divorcio no vienen al caso ahora y no abundaré en detalles innecesarios. Pero baste decir que a pesar de la división que implica toda separación, siempre anhelé lograr una familia unida. Y verlos conversar, reírse con su humor particular, compartir encuentros como el de esta visita y tantos otros que la precedieron, me ha dado la felicidad que como esposa no tuve. Por eso y a pesar de los diluvios emocionales que transité, creo que aprendimos a nadar siempre a salvo hacia la orilla.

Claro que la vida nos ha puesto en la situación de tener ahora un miembro de la familia lejos. Rubén, mi hijo menor. Pero siempre me digo, a modo de consuelo aunque también por convicción, que uno les enseña a volar, después hay que “bancarse” los vuelos migratorios…

Muchas aves se desplazan con el cambio de estaciones. Y para mi regocijo, no falta tanto para la Primavera…

"Ojalá seamos dignos de la desesperada esperanza”. (Eduardo Galeano)

La peste

Si me hubieran dicho que la vida de todos daría un giro de trescientos sesenta grados, no lo habría creído. Nuestra cotidianeidad de abrazos y besos compartidos no hubiera imaginado nunca que eso podría modificarse repentinamente.

Pero ocurrió. Lo que inicialmente apareció como un problema sanitario de Oriente, más temprano que tarde se convirtió en una pesadilla llamada pandemia.

Pero aún estaba lejos y pensé que como estamos en los confines de la América del Sur, no nos llegaría. O al menos, no tan pronto.

Pero se instaló también en Argentina. Y con ella, el confinamiento en nuestras casas respectivas. El fin de los abrazos, de los besos, de las reuniones a las que cada uno concurría con el producto de su nueva receta, las burakeadas, el encuentro, siempre el encuentro. Por sobre todas las cosas, el deseo de verse.

Hoy, mientras escribo estas vivencias, sola en mi casa, no dejo de preguntarme si alguna vez recuperaremos la proximidad de los cuerpos. Creo que deberemos aprender a convivir con este virus que hace estragos sobre todo en la gente de mi edad.

No le temo a la muerte, sí al sufrimiento, a la posibilidad de perder gente muy querida, a la imposibilidad de recuperar espacios de disfrute entre nosotros.

Pero hay que transitar este tiempo en el que la naturaleza nos dijo “basta” y me he propuesto hacerlo con la mayor fortaleza posible. Me organizo rutinas, cocino a diario, leo, escribo, me informo lo necesario. No quiero que me invada la deseperanza. Porque de ella no se vuelve…

A pesar de todos los pronósticos, sigo pensando que los lazos de amor, de amistad, de camaradería, pueden sortear las ausencias momentáneas. Y yo quiero sobrevivir a este nuevo diluvio. Porque intuyo que cuando escampe, el arco iris nos regalará nuevos abrazos. Allá, en la casita que colinda con el río, con las nubes, con los pájaros…